

LIBROS

La Naturaleza como ilusión

Poco a poco van llegando a España obras de esos autores que no practican ninguna de las dos grandes filosofías oficiales del momento —cientifismo analítico o materialismo dialéctico—, cuyo pensamiento disidente indigna y escandaliza tanto a los Sabios de la Administración como a la no menos instituida oposición a ellos. Francia abunda excesivamente en la procreación de «heterodoxos» en todos los ramos, sealudos en cada caso como revolucionarios culturales de primera magnitud, cuyos hallazgos teóricos son frecuentemente más folklóricos que eficaces: ¿no es insoportable la exasperación de la jerga lacaniana (y telqueliana) con sus «et/ou» y sus jueguitos de palabras tipo «naissance-sens», que Tip y Coll hacen con mucha más gracia y sin tan risibles pretensiones intelectuales? Pero junto a ese brillante oropel, quizá necesario precio de una innegable vitalidad cultural que sólo envidia puede producir a los españoles, hay autores realmente importantes, atisbos lúcidos, planteamientos radicales que muchas veces pasan inadvertidos en el fastidioso relumbrón de los amaneramientos a la moda. Uno de los jóvenes pensadores más interesantes por varios conceptos es Clément Rosset, cuyo último libro acaba ahora de traducirse al castellano (1). Por cierto, que no deja de ser preocupante el que frecuentemente se inicie la pre-

sentación de un autor por sus últimas obras, rompiéndose así la continuidad de pensamientos cuya notable coherencia tolera mal estos saltos. En el caso de Clément Rosset, sus obras están muy lejos de ser inconexas, aunque naturalmente pueden ser leídas independientemente.

Rosset ha sido un autor precoz: a los veinte años, en 1960, publica la *philosophie tragique*, libro arrebatado en el que ya están todas las semillas de su obra posterior; en 1964 aparece *Le monde et ses remèdes*, uno de los planteamientos más atrevidos sobre ética desde la *Genealogía de la moral*: como todavía no funcionaba la «moda Nietzsche» en Francia, estas dos obras son ignoradas. Tres años más tarde edita un agudo ensayo sobre Schopenhauer, y en 1971 su *Logique du pire*, quizá su mejor obra, en la que se plantea largamente el tema del azar como límite de los referenciales causales y base de la filosofía trágica, situada más allá de cualquier valoración pesimista u optimista del cosmos. Se exalta el puro goce de la existencia como lo fundamentalmente ininterpretable. Su último libro es *La Anti-Naturaleza*, pulcramente traducida ahora al castellano por Francisco Calvo. Un detalle curioso últimamente, los libros de Rosset replican con sus títulos a los de Deleuze. Cuando éste publicó su *Logique du sens*, Rosset sacó su *Logique du pire*; al *Anti-Oedipe* del uno corresponde *L'Anti-Nature* del otro. Y así vamos... ¡cosas de los franceses!

La tesis de *La Anti-Naturaleza* puede exponerse con cierta brevedad. La idea de «Naturaleza» como fondo primigenio de producción y organización de lo real es uno de los más acreditados refugios ideológicos de la concepción religiosa del mundo, con su consiguiente desvalorización de la facticidad de la existencia. En todo tiempo, pero sobre todo a partir del siglo XVIII, el naturalismo cree haber superado la imagen

tradicional de Dios sólo para reencontrarla intacta en la Naturaleza; ésta se opone, por un lado, al *artificio* como producción humana, y por otro, al *azar*, negación de toda causalidad y de todo principio. La Naturaleza es, como la divinidad, sabia, legisladora, buena y previsora; todas las explicaciones se remiten a ella, que a su vez se mantiene inexplicable: es un *sinsentido* que prevee de sentido a todo lo demás. Rosset rastrea la idea de Naturaleza desde Platón y Aristóteles hasta Marcuse; frente a estos naturalismos presenta las filosofías «artificialistas», que niegan que exista tal cosa como una Naturaleza y todo lo reducen a *artificio* y *azar*: así Empédocles, los sofistas, Gracián o Hobbes. El enfrentamiento entre ambos tipos filosóficos no sólo se plantea a nivel cosmológico, sino también estético y moral, campos en los que Rosset prolonga su estudio.

Creo fundamentalmente acertada la tesis cen-

tral de Rosset, a la que conozco diversos ataques naturalistas poco o nada concluyentes. Me es difícil, en cambio, seguirle en todos sus planteamientos particulares y, sobre todo, en sus conclusiones positivas de orden ético y político, que no estoy lejos de rechazar de plano. Sería largo razonar todo esto, que sólo indico. La distinción entre «naturalistas» y «artificialistas» se convierte en un hecho de Procasto, en ocasiones alarmantemente caprichoso; Rosset no trata los casos que podrían plantearle más problemas, como el de Spinoza, con su distinción entre Dios y el Orden, etcétera... En todo caso, creo que se aborda en este libro la crítica de un concepto fundamental, en cuya ilusoria seguridad reposan tantos cientifismos «ateos» (Monod: «sería arbitrario y estéril negar que el órgano natural, el ojo, responde a un proyecto»), tantos «retornos a lo primigenio» y tantas renunciaciones a la inconforme función

negativa del pensamiento. ■ FERNANDO SAVATER.

Diario de un escritor cansado

Francisco Umbral es un «caso» en la literatura española actual. Un «caso» conocido: cada época da este tipo de escritor que penetra profundamente en las costumbres, las describe y las analiza, con un tono aparentemente frívolo y con una facilidad de lectura considerable. Por eso a veces se le compara con nuestros grandes costumbristas, pero siempre hay en la comparación algo falso: y es que estos escritores —de primer orden— no se parecen entre sí más que en el arquetipo, pero se diferencian notablemente por su estilo, por su forma de hacerse cargo de la sociedad circunstante. He leído recientemente algunas comparaciones que me han estremecido: por ejemplo, la que alguien ha hecho de él

con González Ruano. Umbral está muy por encima como personaje humano, como observador real y no fantástico de nuestra sociedad, como escritor.

Vienen aquí estas palabras por uno de sus últimos libros, «Crónicas antiparlamentarias» (Ediciones Júcar). Podían venir por cualquier otro de los que incesantemente publica —y se leen, y se venden—, porque Francisco Umbral es prolífico y aparece en todas las publicaciones —en esto sí que tendría comparación con Ruano; pero sólo en lo mecánico— y en todos los escaparates. Las «Crónicas antiparlamentarias» son una colección de impresiones, de estampas, que percuten todas ellas por una especie de milagro literario: la capacidad de dar a cada instante fugitivo una sensación de permanencia y de coherencia (quizá una coherencia de lo incoherente que es la vida española) que es el verdadero hallazgo de los grandes.

En las palabras iniciales a este libro, Francisco Umbral se explica a sí mismo, a la forma de entender su condición de escritor. «Sucede que me canso de ser hombre», dijo Neruda, muerto en el remolino con trarrevolucionario. Sucede que me canso de ser español. Y quién no. Somos marchitos, impenetrables, como nerudianos cisnes de fieltro "navegando en un agua de origen y ceniza". Sobre todo, ceniza. Escribiendo se absuelve uno a sí mismo, de modo que tampoco vale. No creo en la eficacia de las palabras frente a los farallones. "Diario de una desesperación" habría titulado yo si fuera un trascendentalista. Pero hace tiempo que dejé de trasnochar con los trascendentalistas kálfianos. Se trata, por otra parte, de una desesperación que sonríe.

Quizá las palabras —y precisamente las palabras de Umbral— tengan más eficacia contra los farallones —y contra los faraones— de lo que él mismo cree. Pero no creérselo es una condición esencial para tener eficacia. ■ POZUELO.



(1) *La Anti-Naturaleza*, Clément Rosset, Taurus, 1974.